Attitude and Safety Fatality Report – Spanish



Me llamo Mélanie y soy de Dieppe, NB. En 2001, en la víspera de mi 22º cumpleaños, sufrí un grave accidente de trabajo.

Mi trabajo, un puesto a tiempo parcial, consistía en llevar a adultos con problemas mentales a actividades sociales los lunes por la noche, utilizando una furgoneta de 15 plazas.

El 12 de febrero era una noche especialmente fría. Cuando llegó la hora de llevar a los participantes de vuelta a casa, el otro conductor y yo fuimos a calentar las furgonetas. Los dos vehículos estaban aparcados uno frente al otro, a unos dos metros de distancia.

Junto a uno de ellos observé que había una placa de hielo cerca de la puerta por la que entrarían los participantes. Pensando en su seguridad, sugerí al otro conductor que apartara la furgoneta del hielo. Me metí entre los dos vehículos para dirigirla.

De repente, vi que la furgoneta se precipitaba hacia mí. No tuve tiempo de saltar para apartarme. Quedé atrapado. El parachoques me aplastó la parte superior de las piernas y me rompió los dos fémures.

Empecé a gritar “¡Mueve la furgoneta!” golpeando la ventanilla trasera. Todavía recuerdo el grito. No sabía que podía gritar así.

La furgoneta se movió y miré mis piernas. Estaban deformadas en forma de arco. Me asusté y me tiré al suelo; tenía miedo de que se partieran en dos.

Mientras yacía en el suelo helado esperando la ambulancia, mis compañeros de trabajo y los adultos con discapacidad mental me cubrieron con sus chaquetas para mantenerme caliente.

El fémur es el hueso más grande del cuerpo. Normalmente, una persona pierde el conocimiento cuando se rompe. Los dos míos estaban rotos, y me hubiera gustado perder el conocimiento. En lugar de eso, clavé los dedos en el suelo, pensando: “¿Podré volver a caminar?”.

En el hospital me operaron durante 6 horas. Me pusieron varillas de metal dentro de los fémures. Me pusieron tornillos en ambas rodillas y caderas. Las incisiones, de unos 20 centímetros de largo, se cerraron con grapas.